

FIESTAS DE NTRA. SRA. DE LAS NIEVES



La Rama 2007

PREGÓN - VILLA DE AGAETE





Francisco Suárez Álamo



Nacido en Ingenio en julio de 1967. Estudió en Agüimes e hizo el Bachillerato en Ingenio. Es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid (1989).

Durante sus estudios, colaboró con el diario El País en 1988, en un grupo de estudio coordinado por José Miguel Contreras, hoy consejero delegado del canal televisivo La Sexta.

Entre 1988 y 1989 trabajó en Madrid en el diario de ABC, en las secciones de Diseño y Cierre.

Se incorpora al equipo de CANARIAS7 en 1989, donde desde entonces ha desempeñado los cargos de jefe de Economía, jefe de Política, Subdirector, Director adjunto y Director, puesto que ocupa en la actualidad desde el año 2000, cuando al asumir la dirección se convirtió en el director más joven del Archipiélago.

Ha sido ponente en la Universidad de Vera-no de Maspalomas y ha pronunciado conferencias sobre el periodismo en diversos municipios del Archipiélago. Fue en el 2006

Pregonero de las fiestas de Ingenio.

Casado con Ana M^a Sutil, también periodista, y padre de un niño de 9 años.

UN VIAJE EN EL TIEMPO

Muchos siglos de historia contemplan a este pregonero ante el reto de pronunciar unas palabras en el inicio de una de las fiestas más populares de toda Canarias. Muchos siglos de historia y de cultura, de tradiciones y de sabiduría popular, de anécdotas enriquecidas con el paso del tiempo, de leyendas, de mitos y de idiosincracia de un pueblo hecho a sí mismo pero abierto siempre al visitante... Todo eso y mucho más pasa por la cabeza del pregonero cuando tiene ante sí las páginas en blanco sobre las que escribir este pregón.

De qué hablar para no repetir historias que los agaetenses conocen mejor que nadie? ¿Qué decir cuando se es consciente de que por esta tribuna han pasado nombres tan ilustres como los de Manuel Alemán, Manuel Lobo, Pepe Dámaso, Sebastián Sosa y tantos y tantos otros que con sus conocimientos han contribuido a engrandecer la fiesta y aportar su grano de arena, o más bien su montaña de arena, para que la Virgen de las Nieves estuviese convenientemente acompañada y anunciada?

Sobre la marcha, el pregonero que les habla se queda quieto. Casi paralizado. La página sigue en blanco, el ordenador se atasca y, por un instante, es como si el tiempo se hubiese detenido. Y es ahí, en ese segundo casi mágico, cuando se da cuenta de que el tiempo es precisamente su mejor aliado. El pregonero ve el camino a sus pies, echa una mirada al retablo flamenco de la Virgen de las Nieves, y entiende que tiene ante sí la respuesta a su pregunta:

¿Qué se puede decir cuando se está en un lugar tan especial? La respuesta está precisamente ahí, en ese cuadro de la Virgen y en la mirada que ésta lanza a su alrededor, a Las Nieves, a Agaete en su conjunto, a sus habitantes y a sus visitantes, pues un pueblo se hace, a fin de cuentas, con el impulso de los que viven en él y con la huella los que pasan por él.

Y como visitante que soy, pero como descendiente de agaetenses, les invito a compartir el breve pero intenso viaje por el tiempo que hace el pregonero. Del pasado al presente y vuelta atrás, en un salto casi infinito en el que el tiempo se pasa volando, que es precisamente lo que intentaré, pues bastante es que hayan tenido la delicadeza de estar aquí como para que, encima, pretenda robarles el sueño y aumentarles el hambre.

Comienza este viaje a mitad del siglo XVI. Concretamente, en torno a 1520-1530. Agaete tiene entonces sólo cincuenta años de vida como pueblo conquistado por los castellanos. Entre sus vecinos se encuentran Antón Cerezo y su esposa, Sancha Díaz de Zorita. ¿Se los imaginan? Son un matrimonio que no para de trabajar. Esa, a fin de cuentas, era la vida en aquellos tiempos en los que todo se reducía a ganarse el pan, dar gracias a dios por poder ganarse el pan, levantarse temprano para ganarse ese pan, volver a dar gracias a dios por ganarse el pan y cuando quedaba tiempo, eso sí, comerse el pan con un buen pescado de Agaete. Pues bien, ahí los tenemos, Antón y Sancha. Como otros muchos, ellos se han dado cuenta de que Agaete reúne para personas laboriosas como ellos dos cualidades singulares: un valle fértil en el que cultivar la caña de azúcar y explotar sus derivados, y un mar que, lejos de ser una valla, es una puerta abierta al mundo. Unen ambos elementos y se lanzan a la exportación de azúcar y otros productos agrícolas a la lejana Europa. Se ganan así el pan del que antes les hablaba y, como también dije antes, quieren dar gracias a dios. Se consideran tan afortunados que no les vale con ir a misa cada día: desean dejar huella en Agaete de su agradecimiento a los cielos y para ello se suman a lo que era una moda entre las familias hacendadas de aquellos tiempos y encargan a uno de sus hijos que aproveche un viaje a Flandes para traer de vuelta un cuadro. El resultado lo conocen los agaetenses mejor que nadie. Es así como llega hasta este punto del mundo una tabla flamenca de gran valor artístico, una pieza de arte que despierta la admiración entre los entendidos y que el matrimonio formado por Antón y Sancha termina convirtiendo en su regalo a Agaete. Un regalo que hará historia y que hoy vale su peso en oro. Y no sólo por sus méritos artísticos, sino por el valor sentimental de sus seis siglos de convivencia con los agaetenses y quienes visitan el municipio.

Pero vale la pena detenerse un segundo en Antón y Sancha. Recuerdo que estamos en el primer tercio del siglo XVI. Europa se divide ante las palabras de Lutero. Nace el protestantismo, se extienden las guerras por el continente y en España los comuneros plantan cara a ese rey alemán llamado Carlos que mira el mundo desde su caballo como un emperador romano pero ha de manejarse con los modos de un cortesano. Y ahí, en ese contexto de revueltas, de tensiones y de fracción religiosa, es donde los buenos de Antón y Sancha se sienten felices y reconfortados bajando del barco recién llegado de Flandes su retablo y colocándolo en su casa para, luego, con el paso del tiempo, terminar en la ermita. La felicidad, a fin de cuentas, ya sabemos que no la da el dinero y ellos, que sí que tienen dinero, la encuentran ante una tabla pintada y ante la contemplación cada día, al ponerse el sol, de la playa de Las Nieves, a un lado, y el fértil valle al otro. Y es allí abajo, en Las Nieves, cuando pasean por la costa divisando los barcos que van y vienen de Europa, cuando echan también un vistazo al Dedo de Dios y probablemente se hacen la misma pregunta que este pregonero: ¿qué se puede decir cuando se está en un lugar tan especial? Se quedan, por tanto, en silencio; regresan a casa, dan gracias a dios y siguen con su vida ordenada sabedores de que allá arriba, justo hacia donde señala el Dedo de Dios, puede que haya alguien que tenga la respuesta a la pregunta: ¿de qué puedo hablar yo cuando estoy en un lugar tan especial?

Termina aquí la primera estación de este viaje en el tiempo. Subimos de nuevo a nuestra imaginaria máquina voladora y damos un salto al siguiente siglo. Estamos en un día cualquiera entre 1634 y 1635. Quizás un mes de julio, como ahora, o quizás en agosto, quién sabe si hasta un 4 de agosto... Pero lo de menos en este relato es la fecha. Vayamos a los personajes de ese segundo viaje en el



tiempo: son Juan Viera del Álamo y Francisca María Díaz Pérez Macías. Él procede de Tenerife y ella de Agaete y tras un breve cortejo escoltado, como era preceptivo en aquella época, por las respectivas familias, deciden unirse en matrimonio. Juan Viera del Álamo es el primero de los Álamos que se instala en Gran Canaria y lo hace precisamente aquí, en Agaete, eligiendo además a una vecina del pueblo como esposa y madre de un reguero de Álamos que empieza a extenderse por toda la Isla pero manteniendo siempre como epicentro el mismo punto: Agaete. ¿De dónde vienen estos Álamos? Los entendidos en linaje y genealogía no se ponen de acuerdo: unos sitúan el origen del apellido en las montañas de Asturias y otros aseguran que procede de Castilla. En lo que sí hay unanimidad es en el hecho de que la fundación del linaje deriva de un elemento anecdótico: el Álamo surge como apellido por concesión de un rey que agradece así una labor de espionaje realizada desde un árbol de la especie de los álamos por quien luego llevó esa denominación. Mira por dónde resulta que el primer Álamo de la historia era un espía que se subía a los árboles para vigilar a los ejércitos enemigos... Con el paso del tiempo, y como si esto fuese una broma de la historia, un Álamo como el que les habla cambió el espionaje por el periodismo, que no deja ser una forma más sutil de mirar lo que pasa en el horizonte y contárselo a alguien.

Pero sigamos con los primeros Álamos de Canarias. Llegan a finales del siglo XVI a Tenerife y de allí da el salto a Agaete Juan Viera del Álamo. Su familia estaba asentada en Candelaria pero el hombre era inquieto y un día decidió descubrir qué había tras las montañas que veía en el horizonte cuando miraba desde su Tenerife natal. Se embarcó, llegó a Agaete y algo debió encontrar para no volver a Tenerife. Sabemos que encontró a Francisca María Díaz Pérez Macías, y ya se sabe que el amor ata mucho más de lo que la razón pueda alcanzar a entender. Pero recordemos el contexto histórico y social: en 1635 Europa sigue inmersa en una guerra, y no una guerra cualquiera. Nada menos que la Guerra de los Treinta Años, donde lo que empezó siendo un conflicto religioso acabó convertido en una lucha por la hegemonía del continente. Príncipes, reyes y emperadores se pelean por tierras y fortunas mientras que a miles de kilómetros este Álamo llegado de Tenerife queda prendado con lo que encuentra en Agaete y decide cambiar el curso de su vida. Cada noche, como otros muchos agaetenses, ve desaparecer los últimos rayos de sol sobre el horizonte, pasa junto a la ermita en la que ya está la tabla flamenca que llegó casi un siglo antes y se alegra al saber que a sus espaldas hay un valle que sigue dando de comer a sus vecinos. Es feliz cada mañana dando gracias a dios, cada domingo contemplando la imagen de la Virgen de las Nieves y cada día comprobando que el Dedo de Dios sigue ahí, firme, para recordar a todos cuán pequeños somos en la inmensidad de la tierra y cuán pasajeros en la infinitud del tiempo. Guiado por ese estado de felicidad, Juan



Viera del Álamo y Francisca María Díaz Pérez Macías se ponen manos a la obra y sus hijos se encargan de regar el apellido por toda Gran Canaria. Su hijo Francisco Pérez se casa en septiembre de 1643 con Catalina Sánchez, boda oficiada por el cura de Agaete Andrés Álvarez, y uno de sus hijos, de nombre Juan, decide introducir un cambio en sus apellidos y se hace llamar Juan del Álamo. El resto hasta nuestros días se lo pueden imaginar: hijos, nietos, bisnietos, tataranietos y demás descendencia de aquel hombre que un buen día se subió a un árbol y dio informes valiosos a un rey. Así se escribe la historia. Álamos que van y vienen, que se extienden por el norte, el sur, el este y el oeste y que cuando miran atrás piensan en aquel lejano Juan Viera del Álamo que en pleno siglo XVII se sentaba en Las Nieves, miraba al mar, y se preguntaba: ¿Qué se puede decir cuando se está en un lugar tan especial?

Y llegamos a la última estación de este viaje por el tiempo. Comenzamos en el siglo XVI, seguimos en el XVII y ahora nuestra máquina del tiempo imaginaria nos lleva a un momento mucho más cercano. Es noviembre de 2005. Es el día 28 y es la media tarde. Toda la Isla está revuelta. De hecho, toda Canarias lo está. Ese cambio climático del que tanto hablan los medios de comunicación se ha hecho realidad en forma de tormenta tropical y en lugar de seguir el curso natural de su ciclo, ha girado 180 grados y ha puesto rumbo hacia el Este. Y en ese camino se encuentran las Islas Canarias. El nombre lo sabemos todos y difícilmente lo olvidarán unas cuantas generaciones: se llamó Delta y dejó su huella de manera imborrable en la vista, el corazón y el alma de toda Canarias. A varios kilómetros de distancia de Agaete, en Las Palmas de Gran Canaria, un periodista trabaja ese día junto a decenas de compañeros para ordenar el cúmulo de informaciones que llegan sobre los estragos causados por Delta. Había de todo y para todos los gustos: torres eléctricas dobladas por el viento en Tenerife; árboles arrancados de cuajo en el pleno centro de Santa Cruz; pinos doblados por el ventoral en el parque nacional de la Caldera de Taburiente; fincas plataneras arrasadas en Arucas; el pánico de profesores y alumnos de los colegios de las siete islas al ver cómo, en una



medida casi sin precedentes en la historia autonómica, las clases se suspendían de manera repentina; vallas publicitarias volando en algunos puntos de Las Palmas de Gran Canaria... Y en medio de esa tormenta de dimensiones colosales y de ese huracán de noticias desordenadas, suena un teléfono y alguien eleva la voz para contar lo que le traslada el comunicante: se ha caído el Dedo de Dios. Un silencio casi sepulcral se adueña de la Redacción y se hacen varias llamadas para verificar la información. Cuando hay certeza absoluta, ese silencio casi sepulcral deja paso a un sensación de vacío, como si alguien nos hubiese robado algo que era patrimonio de todos, como si un pedazo de nuestras ilusiones, nuestros sueños y nuestras alegrías se hubiese ido al fondo del mar junto con el trozo que se desgajó del monumento natural.

Pasados los días, el periodista acude a Agaete con el encargo de relatar el estado de ánimo de los vecinos ante la pérdida parcial de un símbolo incontestable de toda Gran Canaria. Como otros muchos, como cientos de grancanarios, quiere ver con sus propios ojos la prueba de que el Delta no fue el sueño de una mala noche. Llega a Las Nieves, mira al acantilado y comprueba que todo es verdad. El Dedo de Dios seguirá siendo el Dedo de Dios, pero el Delta se ha encargado de recordarnos, de una manera ciertamente fiera y brutal, que el ser humano es infinitamente pequeño en comparación con las fuerzas de la Naturaleza. Es en ese momento cuando el pregonero se sienta en uno de los bancos del muelle, reflexiona un instante y se hace la pregunta: ¿de qué puedo hablar yo cuando estoy en un lugar tan especial?

Finaliza aquí este viaje en el tiempo. Han sido tres momentos en seis siglos, tres paradas breves sobre las que ahora planteo una última reflexión. ¿Qué tienen en común aquel matrimonio formado por Antón Cerezo y Sancha Díaz de Zorita que encargó la compra del retablo flamenco; aquel Juan Viera del Álamo que llegó a Agaete procedente de Candelaria y ese periodista que acudió a ver con sus ojos cómo el viento asestó un duro golpe al Dedo de Dios? Posiblemente nada. De hecho, nada en absoluto. O quizás sí. Todos se formularon, o pudieron hacerlo en algún momento, la misma pregunta: ¿de qué puedo hablar cuando estoy en un lugar tan especial? Y fue esa pregunta la que guió también a este pregonero en estas reflexiones que ahora finalizan: ¿de qué puedo hablar...? me preguntaba la madrugada en que empecé a redactar estas líneas. Y no pude seguir hasta darme cuenta de que la respuesta estaba justo delante, aquí, junto a ustedes, desde el Valle hasta Las Nieves, desde el mar que aporta buen pescado y abre las puertas a un mundo de oportunidades hasta una tierra fértil que premia a quien la cultiva, desde unos habitantes empeñados en mantener las tradiciones hasta esa riada de visitantes que invade Agaete cada año por estas fechas, desde las familias como los Álamo cuyas raíces se entierran en el túnel del tiempo hasta quienes llegaron hace poco y ya se sienten vecinos de toda la vida, desde la serena mirada de la Virgen y sus acompañantes en el retablo flamenco hasta la fría maquinaria de un ferry que va y viene en una autopista imaginaria sobre el mar... Todo eso que ha sido Agaete durante siglos ha estado ante aquel matrimonio del siglo XVI, ante aquel primer Álamo del siglo XVII y ante aquel periodista que se frotaba los ojos de emoción al ver que por mucho que el viento empuje, el recuerdo del Dedo de Dios sobrevive a las tormentas. Es esa esencia la que cubre el vacío de quien se hace la eterna pregunta: ¿de qué puedo hablar yo cuando estoy en un lugar tan especial?

Volvamos, por tanto, cada uno a su casa y dejemos que la respuesta salga del corazón. Y veremos entonces cómo lo que sale es la sensación de que, efectivamente, Agaete sigue en la memoria de todos por mucho que pasen los años y los siglos. Y es que Agaete, como la Virgen de las Nieves, llegó para quedarse allí donde las emociones se defienden del calendario: en el corazón.

Buenas noches y muchas gracias.



Ilustre Ayuntamiento de la Villa de Agaete

